

A propósito de Labra

[Discurso de ALFONSO REYES en el Ateneo de Madrid].

Yo no puedo añadir un solo rasgo al acabado retrato moral que el Presidente del Ateneo ha hecho de Labra; tampoco quiero insistir, como un eco, en la elocuente interpretación que el Ministro de Cuba ha hecho del acto fundamental en la vida de Labra: la opinión por España, a la hora en que se bifurcaban los destinos de Cuba. Labra, hombre representativo, constructor de afectos y esperanzas, nos invita a meditar sobre el problema de las relaciones hispano-americanas. Este culto civil no ha alcanzado aun la madurez anhelada y, con ser una realidad urgente, es todavía un fruto del porvenir, obra en que tienen que gastar sus esfuerzos varias generaciones y que no puede salir hecha y acabada de las manos de un solo hombre, así sea el más sabio y el más fuerte.

Con frecuencia oímos decir que España y América desperdician oportunidades. Tan lamentable para España como para América. Porque sólo España puede realizar el concierto de las dispersas voluntades de América. Tras un siglo de acomodaciones penosas y de éxitos lentos—un siglo de independencia política en que se ha ido cumpliendo laboriosamente la independencia del espíritu, sin la cual no hay amistad posible—los españoles pueden ya mirar sin resquemor las cosas de América, y los americanos considerar con serenidad las cosas de España. No todo es política en el mundo; no todo lo han de hacer los gobiernos. Es fuerza llamar la atención de los individuos, sobre la necesidad de orientarnos en esta materia de la que acaso depende la suerte definitiva del orbe hispano. «La ventana abierta hacia América, españoles» aconsejaba yo alguna vez. Y «Americanos: la ventana abierta hacia España».

Pero si la opinión americana va aprendiendo ya a confiar en España, la opinión española ha salido tan escéptica de la última «revisión de valores», que no aprende aun a confiar en sí misma. Basta casi para desacreditarse en ciertos medios españoles, el confesar que se tiene fe en las posibilidades de España. Por eso algunos prefieren tomar con un escepticismo, que encuentran elegante, hasta los estímulos de ese imperioso recuerdo que representa, como dice Ortega y Gasset, el mayor deber y el mayor honor de España.

Estamos, después de la guerra, viviendo provisionalmente. No se puede seguir así. Urge reorganizar la vida. El día en que la opinión española, la de la calle—aquí hemos descartado a

los gobiernos de todas partes—el día en que la opinión general, la baja y la selecta, se interese plenamente por la suerte de aquellas repúblicas—cuando ya este interés no puede en modo alguno significar ambiciones ilegítimas—ese día España vendrá a ser el centro de un poder moral sólo comparable, en la historia, al del Papado. Si el orbe hispano no llega a pesar sobre la tierra en proporción a las dimensiones territoriales que cubre; si el hablar en lengua española no ha de representar nunca una ventaja en las letras como en el comercio, nuestro ejemplo sería el ejemplo más desastroso que pueda ofrecer la raza humana.

¿Cómo lograr este sueño? Desechamos previamente la solución puramente sentimental, impulso que puede aprovecharse o perderse, según la razón que lo conduzca. Se habla de las relaciones comerciales e industriales; de todo eso que, por herencia del siglo pasado, solemos todavía llamar «lo práctico».

La antigua Grecia, nuestra madre mediterránea, creó sobre las riberas de la dulce Asia Menor, merced al ímpetu de sus expansiones comerciales, algo como una corona de colonias ciñendo el mar. Otro tanto ha sabido hacer vuestra España. Yo admiro, más que muchos, la gran epopeya del comercio ultramarino, fundador, al otro balcón del mar, de la Magna España, cuya terrible electricidad de vida y trabajo nos descubre, como en abismo, el fondo—todavía intacto—de las fuerzas de España. Yo, ajeno a este orden de las corrientes del tráfico, lo considero con profundo respeto, y le pido que nos ayude en la obra. Pero no puedo confiarlo todo a la ciega ley de la oferta y la demanda. Nuestro problema, es, fundamentalmente, espiritual; ni siquiera puramente político, como no es puramente política—por fortuna—la conveniencia de robustecer nuestras mutuas relaciones. (De esto sólo quiero dar un ejemplo, harto elocuente: el efecto vital, innegable, que el contacto con América ha producido en el pleno desarrollo espiritual de uno de los primeros españoles: el maestro de la juventud a quien no tengo para qué nombrar). Pues bien, la solución de este problema yo creo que está más bien en una rectificación de la voluntad. En una educación, en suma: en una cultura, fundada, como toda cultura, en la enseñanza de la escuela. Volved la vista hacia América: hay una América que ríe, la que disfruta, en pujante y gustosa fiesta, los beneficios de su riqueza

y de su juventud. Pero hay otra América: la que resiste y mantiene con estoicismo, y casi en completa soledad, las tradiciones de la vida española. Hay que aprender a participar de esas risas y—lo que cuesta más—de esos esfuerzos. Una actitud invariablemente simpática ante las alegrías y las penas comunes; un repetirnos constantemente que son emociones propias las que conmueven a los pueblos hermanos, es cosa útil para reeducar la sensibilidad perdida o embotada. Pero no basta eso: hay que interesarse por *conocer*, por estudiarse y por entenderse. Así se adiestra a los pueblos para su misión. Así se organizan las ideas nacionales, y hasta se curan solos, de paso, algunos males interiores. No tengamos miedo a las palabras: se trata de una pugna moral. (¿Y qué vida, que no sea una pugna moral, merece ser vivida?) No importa que por ahora carezcamos de otras fuerzas que las puramente espirituales. Un personaje del «Mío Cid», preparándose para mantener sus razones con la espada, dice a otro: «Oh, lengua sin manos ¿y cómo te atreves a hablar?» Pero en este otro juicio de Dios que yo he soñado, yo diría más bien: «Atrévete a hablar, lengua sin manos. Sólo tú tienes absoluto derecho a hablar. Las manos salen atropelladamente a la lucha, cuando no hay más justificación que la fuerza. Mas, para las luchas de la razón, la lengua es bastante».

ALFONSO REYES

Gorjeos

(Últimos versos de SALVADOR DÍAZ MIRÓN).

Música vaga, discreta,
que se toma de oportuna,
melancolías de luna
y pudores de violeta...
Lirio que salta de grieta,
bulle por guijas y motas,
y arrastra en espumas rotas
magia que viene al sentido,
en voz de llanto dormido
que planea sueños de notas...

Eso la mustia romanza.
Y vibro por entenderla;
y pónesle gris de perla,
neblina de lontananza.
¿Qué tengo? Desesperanza
que a la vez gime y adora,
pasado que acude ahora,
que al cabo supo volver
en tu canto de mujer
y con su risa de aurora!

La dulce y tierna balada
miente un abril, y presumo
que tanto logra en el humo